

JOSÉ LUIS PENSADO
(Negreira, 1924-Salamanca, 2000)

1. Hace casi cuarenta años que conocí a José Luis Pensado, cuando llegó como catedrático de Filología románica a la Universidad de Salamanca. Empezaba yo el último curso de carrera y me encontré con un profesor cuyas clases no podré olvidar: exigente en lo referente al conocimiento de la disciplina; desconfiado con la aparente objetividad de los datos lingüísticos y consiguientemente escéptico ante sus espejismos; cauto con las generalizaciones; interesado en encontrar la contradicción entre los hechos del cambio; despreocupado, en fin, por los principios de autoridad. En aquellos tiempos nada fáciles para la Lingüística histórica, se

ganó día a día, con su enseñanza, la respetabilidad como hombre sabio, de aquellos elegidos que pertenecen al «cerchio» de los escépticos metódicos.

Carecía de vanidad y disfrutaba—y con cuánta pasión!— con la aventura del descubrimiento, sin que esto le eximiera de actuar con un aparente desorden, como para quitar rotundidad al placer. El primer día de prácticas nos pidió que citáramos una palabra cualquiera. A alguien se le ocurrió el escueto *abeto*. Lenta, reflexivamente, fue saltando de una ley fonética a otra, haciendo algún inciso sobre la realidad material de las cosas, hasta llegar, tras varios rodeos, al aragonés y enfocar desde él la evolución de la palabra. No hay que decir que la consulta del *Diccionario* de Corominas confirmó su reconstrucción. *Quel giorno più non vi leggemmo avante!*

Trabajar luego con él, una vez licenciado, supuso una cura de humildad. Disponía mi inolvidable maestro de un vigor para la ciencia que nos supo transmitir a sus discípulos; lo que, en mi caso, me permitió después poder trabajar con Joan Corominas, tras aceptar someterme a otra cura más de humildad, que hubo de convertirse en la tercera, a causa de que la segunda la había sufrido ya con Luis Michelena.

2. Recién licenciado cayó en mis manos un libro que recogía algunos estudios de José Luis Pensado: unos publicados antes en revistas, inéditos otros; relativos todos a la historia de una serie de palabras castellanas y gallegas (JLP 1965). Estaba escrito con ese aire inconfundible inductivista del mejor método románico, que no aspiraba a levantar grandes puentes interpretativos, sino a construir pequeños edificios, pero muy sólidos, asentados en los materiales modestos de la documentación no literaria. En el momento en que un historiador había de moverse contando con las oposiciones privativas y la tendencia a la integración de los sistemas, esos artículos producían el placer que surge de la humilde artesanía. Fue un placer que no perdió maestro salmantino a lo largo de toda su vida, espigando palabras en los numerosos corpus documentales que iban cayendo en sus manos, hasta que columbraba a través de ellos la luz que pudiera iluminar algunos jirones de la vida material que latía en un grupo numeroso de palabras humildes, con las que no solemos toparnos normalmente en los textos escritos (JLP 1965:55).

Este tipo de palabras, a pesar de su modestia, viaja como las demás, acompañando a los objetos a los que designan, yendo, si es necesario, de Normandía hasta Galicia por vía terrestre (JLP 1965:19-20); aunque otras veces no se muevan de casa, pues «un objeto de dominio rústico no es probable que adquiriera su nombre mediante un préstamo, ni creíble que nombre y cosa sean importados» (JLP 1965:76). Y es que, igual que la vida, el comportamiento del léxico en la historia no puede explicarse como consecuencia de un principio general —de ahí la complejidad del quehacer filológico— sino de una serie de hechos encontrados, en «una lucha por la creación de formas que no bien creadas, tornan y se van por las oscuras sendas de su primer nacer» (JLP 1965: 69).

Si puede llegarse a los aspectos más concretos de la vida de las palabras, ello se debe a que filólogos como J. L. Pensado supieron aplicar con rigor el método histórico comparado, las leyes fonéticas de un modo particular, llenándose además de sentido común para transitar por la oscura zona del significado. Dejan entonces las excepciones de ser meras curiosidades (JLP 1965: 42) y sirven para encontrar explicaciones impensadas, cuando se logra percibir la confluencia de distintas causas complementarias (JLP 1965:26, 78), en las que las fundamentales no suelen ser las que, en principio, parecen más evidentes. Así, las discordancias gráficas no siempre han de tomarse como reflejo de la pronunciación, pues pueden tratarse de «intentos poco afortunados para dar forma gráfica a una sola norma fonética», dentro de los dominios de la variación, en la que cada grupo social tiene sus propias preferencias (JLP 1965:9); o con los efectos de la convergencia entre dialectos o de la contaminación entre lenguas, que complican la cómoda transmisión lineal de los cambios lingüísticos en lenguas que parece hubieran vivido ajenas a las relaciones con otras (JLP 1965:27; JLP 1989).

El rigor del comparativismo (JLP 1965:35, 37, 43) no le impide acudir a la analogía cuando ésta no resulta una explicación de compromiso, como ocurre con los numerales (JLP 1965:22, 23, 68, 70); pero no ahorra cautela ante los cruces de palabras o las explicaciones homonímicas. Es el caso de fecha ‘gota’, que entra en gallego con *e* abierta, mientras que en castellano no presenta diptongo; pero no se acoge a la comodidad de la colisión homonímica con *fecha* —con *e* cerrada—, antes exprime los argumentos filológicos que le conducen a plantear que en gallego, como en italiano, los cultismos se introdujeron con *e* abierta. En portugués, en cambio, *fecha*, favorecida por la fórmula final de las cartas, tiene una *e* cerrada, al ser interpretada como un deverbativo de *fechar* (JLP 1965: 31).

Estaba prefigurado en este libro la que iba a ser una de las tareas más importantes de J. L. Pensado: la histórica del léxico hispánico, que abordó con tanta sabiduría como erudición, amparado en su inteligencia, en su sólida formación romanística, en una cantidad prodigiosa de lecturas y en una feliz memoria, inexplicable en alguien que, al igual que Fray Martín, no había tomado anacardina de pequeño; pero llevada a cabo además como «un trabajo en el cual se conjugan múltiples entretenimientos» (JLP 1996: 841). Contamos así con un número elevado de palabras cuyo sentido o etimología se ha desvelado, desde el divertido engendro de *sorrabar*, a voces como *charro*, *cabaza*, *panxolita*, *bederre*, *fistor*, *fricto*, pasando por *Galicia* y sus derivados, los gall. *ceiba*, ‘alga’, *ceibar* y *ceibe*, *manichalda* y muchísimas voces más —varios topónimos entre ellas—, de las que aclara no sólo su significado, sino las razones sociales de éste. Las referencias bibliográficas que da Ramón Lorenzo (2001: 490-494) sobre sus trabajos relativos al léxico gallego, portugués, leonés y castellano son abrumadoras; lo cual, explica que sus materiales se emplearan —un tanto precipitadamente— en el *DECH* de Joan Corominas; de manera que, si en algún momento nos hicimos la ilusión de que podría llegar a ser hispánico, en gran medida se debía a lo que nos había proporcionado Pensado con sus trabajos (particularmente JLP 1973 y su complemento JLP 1970). Una nueva edición de este diccionario se ha de beneficiar grandemente de sus materiales completos, así como de las correcciones y adiciones a que el filólogo sometió la edición anterior.

3. José Luis Pensado se acercó a los textos literarios para estudiarlos a conciencia, no para mostrar su veneración por ellos (JLP 1985: 17). Hizo correcciones importantes a las *Canções* y a otras obras medievales, con la brillantez que tienen las explicaciones más sencillas, del tipo del *A Dios paredes* de *La Celestina* (JLP 1992), y no se achicó ante pasajes difíciles, como el de algunos versos de la égloga VII de Juan del Encina. Son problemas de los que los editores de los textos suele desentenderse, sin que podamos saber «si es su profunda ignorancia la que no le[s] hace ver la diafanidad de un pasaje, o es la soberbia mental de [los editores], que no quiere[n] asomar la menor pizca de ignorancia» (JLP 1996: 842).

Atendió también a la edición de textos. Aparte de las obras de Sarmiento y Sobreira, editó los *Mirages de Santiago* (JLP 1958), junto a otras pulcras ediciones de pequeños escritos medievales. Una *Alstrología* del siglo XV, contenida en un manuscrito de la biblioteca Universitaria de Salamanca, que transcribió con Juan Gutiérrez y conmigo, ha permanecido inédita, por lo que yo sé. No se conformaba con la edición de los textos o con la aclaración de su léxico: se adentró por su impecable interpretación, enfocada a la historia del español, como la que ejemplificaré con el estudio que hizo de ese segundón literario que fue Damasio de Frías (JLP: 1982).

4. Servirse de los ingentes datos que Fr. Martín Sarmiento proporcionaba sobre el gallego era la mejor forma de pagar la deuda que España tenía con él (JLP 1972: 65) —si es que son éstas deudas que se pueden pagar—. Editó y estudió con paciencia benedictina la amplia obra que el monje dedicó a la Botánica, a la Paleografía, a la Historia, a la Arqueología o al Folklore, dispersa en numerosos escritos que no se habían pensado para su publicación y cuya

transmisión textual no carece de problemas (JLP 1972), de forma que no puede sorprendernos que su editor llegara a cambiar, con el paso del tiempo y el aumento de su seguridad, su opinión sobre el valor de algún manuscrito (JLP 1987: 10-25).

4.1. Fue de un «acuciante deseo de leer en el libro de la naturaleza» (JLP 1986:26) de donde nacen las aficiones botánicas de Fray Martín Sarmiento, no ajenas a su preocupación por la lengua, pues para conocer esa realidad había de relacionar el nombre antiguo con el moderno y éste con la «cosa»: «un nombre actual podía contener un nombre clásico pero designar una planta distinta» (JLP 1986: 29) en cuyo referente los propios monjes no coincidían (*id. ibid.*); se hacen así imprescindibles sus escritos de botánica para entender obras como la de Colmeiro, que no carecen de errores (JLP 1983: 450). Es grande también su interés por los pescados (impresionan los datos que proporciona sobre los atunes, JLP 1992b: *passim*), por los animales de tierra y del aire, por los instrumentos marítimos y por los objetos de todo tipo. Lejos llega la larga mano de sus lecturas, aliada al conocimiento directo de la realidad (JLP 1973: 118-120, 175-186, 186-223, 223-244).

Sarmiento es capaz de viajar «con los ojos cerrados» y no abrirlos hasta llegar a Galicia (JLP 1975: 16), la realidad que le interesa, de la que están prendidos sus recuerdos infantiles (JLP 1973: 86-91), donde se confunde, pues, su pasado con su territorio. Volvió luego a encontrarse con ella en sus viajes de 1745 y 1754, en los que adquirió «la base material de toda [su] obra gallega [...]. Lo que se puede añadir después no tiene gran importancia y generalmente procede de noticias indirectas» (JLP 1975: 15). Pretendía «restaurar en Galicia la antigua y nobilísima lengua gallega» (JLP 1973:9); sufría porque los gallegos —a la iglesia le atribuye una responsabilidad particular— no supieran tratarla como los catalanes trataban la suya (JLP 1972b: 21-23; la idea se repite en otros libros); pues guarda este desinterés por la lengua un paralelo con el abandono en que se encontraba Galicia y con la abusiva explotación a que había sido sometida. Aparte de sus querencias, se justifica su dedicación al gallego por su preocupación por la educación de los jóvenes —sobre todo la de los más necesitados— que quedaban excluidos de los bienes culturales a causa de la incomprensión de una lengua ajena. (JLP 1970: 17).

Esta preocupación fue decisiva para el conocimiento científico del gallego (JLP 1960: 99), su interés por él le llevó a Sarmiento a ocuparse hasta del que él llamaba el *chamurrado*, que luego se conoció como lenguaje *acurrado* (JLP 1985: 52) y hoy como el *castrapo*. Una parte importante de sus lucubraciones sobre esta lengua son comentarios a un coloquio entre dos niños y niñas gallegos, que escribió en 1200 coplitas. Tales comentarios son casi exhaustivos en las setenta primeras; se adelgazan a partir de la última de éstas y se hacen más concisos aún desde de la copla 147, hasta interrumpirse en la 194 (JLP 1970: 13). Hay en ellos observaciones fonéticas (JLP 1970: 22, 43-53), explicaciones etimológicas (JLP 1970: 15), a través de las que aspira a llegar a un conocimiento del significado de la palabra, pues, a su juicio, una lengua sólo podía comprenderse a través de su historia (JLP 1970: 23). Se basa para sus interpretaciones en una cantidad ingente de fuentes (su excepcional biblioteca la envidiaba el propio Pensado (JLP 1970: 59)) y en un conocimiento nada común de la realidad pasada y presente (JLP 1972b; JLP 1999); hasta en su *Discurso apologético...*, «su testamento lingüístico» (1972b: 30), sigue revelándose decididamente etimólogo, contra viento y marea, a pesar de su quebrantada salud y de su confusa memoria.

Llega el beneditino a planear un diccionario histórico gallego, contando con la documentación latina medieval, la gallega antigua y la encuesta dialectal (JLP 1974b: 28). Todo ello para describir una lengua caracterizada por su aislamiento; lo que origina que tenga «muchísimas voces radicales y [...] poquísimas [...] forasteras» (JLP 1974b: 28); condición que lo separa del portugués, menos rico en voces naturales. Pero éste es otro asunto, que se sitúa

dentro de los prejuicios que mantuvo sobre esta lengua (JLP 1960: 92; JLP 1987: 41-43; 1972b: 12-13).

4.2. La preocupación de Fr. Martín por el gallego se inserta dentro de un pensamiento románico, del que fue un adelantado. Supo no sólo anticiparse a la Filología románica, sino ponerla en práctica, empezando por lo que luego se llamaría el método de «Palabras y cosas»; concibió lo que debía ser un diccionario etimológico románico; contó con la idea del latín vulgar reconstruido a partir de las lenguas romances; tuvo en consideración las distintas etapas del léxico español (JLP 1960: 30, 31, 46, 59); se ocupó de todo tipo de textos medievales, castellanos y gallegos (históricos, médicos, jurídicos, etc.) (JLP 1964: 69); y fue capaz de detectar en ellos —es un ejemplo significativo de su formación— que una obra podía contener aragonesismos (JLP 1970: 23-33); se convirtió, por otra parte, en adalid de la lengua hablada, recogida de los labios de los campesinos (JLP 1970:20), que anteponía a su uso culto, al que le regateaba autoridad (JLP 1960: 75; 1974b: 14). Formuló y aplicó las leyes fonéticas (JLP 1960: 51), de forma que las que obtuvo por comparación entre cognados de distintas lenguas románicas no desmerecen de las que encontramos en los manuales de Filología románica: así, la evolución de *-mine* y *-dine* y su explicación fonética (JLP 1970: 253). No exagera, por tanto, Pensado cuando escribe que Sarmiento «casi llegó a edificar sus primeros cimientos [de la ciencia etimológica]» (JLP 1970: 58).

4.3. El interés del sabio benedictino por el pensamiento científico le llevó a atender a la creación de tecnicismos, convencido de que el científico ha de conciliar el estudio de los datos con la creación de neologismos que surgen en su trabajo. Consciente de la función social de la ciencia (JLP 1986: 30) y, por tanto, de la necesidad de que ésta sea inteligible (JLP 1986: 31, 34), no ahorra críticas a Linneo, no por su sistema (JLP 1986: 38, 39) sino por su ruptura con una tradición grecolatina y «vulgar», para recurrir, por ejemplo, a epónimos, dificultando con ello la comprensión de la realidad y distanciando inútilmente al investigador de los conocimientos tradicionales de ella (JLP 1986: 36). No son éstas las únicas críticas que hace a Linneo desde una razonable perspectiva lingüística (JLP 1986: 38) este hombre que defiende la posibilidad de hacer una historia natural sin «palabras exóticas e imaginadas» (JLP 1992b: 12).

4.4. Sin ocultar algunos rasgos atrabiliarios del benedictino (JLP 1986: 50 ss.), Pensado demuestra que es uno de los más importantes testigos de su siglo (JLP 1972: 27), por encima de personas con las que se relacionó directamente o a través de sus obras, como Feijoo, Mayans, Burriel, Caramuel, Huerta, Jovellanos. Tras los trabajos del catedrático salmantino no puede enfocarse el siglo XVIII sólo a través del pensamiento de Jovellanos, sin contar con el de Sarmiento (JLP 1970: 60). Su preocupación por la objetividad histórica, por la ciencia, por la industria, por la agricultura, por la educación —la de los niños, sobre todo— y por los abusos de la Administración (JLP 1970: 258-259), muestra que estaba plenamente implicado en los problemas de su tiempo. Si bien, quien fue un adelantado en tantas cosas, no llegó a ser entendido: por ello, la Filología románica, prevista por él, hubo de aguardar aún algún tiempo para su creación, que tuvo lugar, naturalmente, lejos de España.

5. Pensado sentía un profundo amor por el gallego, al que sirvió anteponiendo los fríos preceptos del quehacer científico a los cálidos latidos del patriotismo. Fue de ese modo decisiva su contribución a la constitución de la Filología gallega en una disciplina científica. No fue ni partidista ni demagogo (G. Torrente Ballester, en JLP 1985: 5), sino un científico al que no le faltó apasionamiento para moverse por esos caminos de nuestro pasado en el que se construyeron las lenguas nacionales, con el descrédito de las regionales (JLP 1985: 20-21), mientras las clases altas y los letrados desertaban de ellas (JLP 1985:22).

Consciente de la importancia que tenía la obra de Fr. Martín Sarmiento para la lexicografía gallega, aprendió de él una lección «de gran cordura, estudió el gallego de su época olvi-

dándose de que existía el castellano, y con ese criterio hemos de estudiar la lengua actual si es que queremos ser fieles a la realidad lingüística que describamos [...] fieles a la realidad que hemos visto. [Sin olvidar] nunca que si la semejanza puede acercarnos a la identidad, la diferenciación puede ser también el camino del aniquilamiento» (JLP 1973: 65, 66). Si se puede someter a crítica la tradición lexicográfica gallega de F.-J. Rodríguez, Cuveiro, Valladares y de los diccionarios posteriores es gracias a los datos de Sarmiento; pero también a los de Sobreira (JLP 1974), por quien, sin embargo, no sentía Pensado grandes simpatías (JLP 1974b: 65, 69). Lo que en Sarmiento era un exceso de información, no pasaba en Sobreira de ser un trabajo embrionario sobre la base de la tercera edición del Diccionario académico, hecho, eso sí, con no pocas ínfulas, (JLP 1974b: 187-219); no obstante, su utilidad para la lexicografía crítica de la lengua gallega es evidente, cuando se sabe la mala utilización que los lexicógrafos gallegos hicieron de sus datos y de los de otros. Completa Pensado toda esta información con la que fue encontrando desperdigada en los documentos medievales, en la obra del Bachiller Olea, en villancicos, en los refranes gallegos contenidos en las compilaciones de Hernán Núñez y Correas, en cartas antiguas de quienes intentaban, por algún motivo, escribir en gallego y, junto a ello, en una serie de noticias esparcidas en el dominio del castellano, desde las novelas a las narraciones históricas, pasando por la jerga de los maleantes.

Logró de ese modo dar con las pistas erradas con las que los lexicógrafos gallegos habían ido tropezando de unos diccionarios a otros: tanto si estaban originadas por el apresuramiento con que actuaron con sus fuentes, como si se debían a las malas lecturas que los impresores hicieron de los manuscritos (JLP 1976). Concluyó en un estudio crítico de las bases de la lexicografía gallega, para proceder a despojar de fantasías a los diccionarios, de F. J. Rodríguez o de Cuveiro (JLP 1985: 11).

Esparcida acá y allá queda su sabiduría fonética, que toma cuerpo particular en dos trabajos escritos sobre la *geada*, a partir de algunos datos de Sobreira. Sitúa este hecho originado «por remedar o imitar al castellano», en época moderna: adopción de un sonido extraño a un sistema receptor (JLP 1974b: 71; JLP 1970b). Lo que no carece de consecuencias para la interpretación de algunos problemas fonéticos de las lenguas hispánicas (JLP y CP 1983b): la combinación del rigor metodológico con la seguridad de los datos han convertido estos trabajos en un modelo interpretativo, tan distinto de las simplificaciones y del apresuramiento que conducen a las explicaciones míticas de los hechos fonéticos, de las que los romanistas contamos con no pocos ejemplos en las hipótesis sustratísticas.

6. He contado en la bibliografía de José Luis Pensado más de ciento cincuenta publicaciones y no exagero en absoluto si me refiero a su grandísima calidad, pues el catedrático salmantino era incapaz de hacer un trabajo de cumplido. Tuvo con sus lectores la cortesía de proporcionarles unos índices impecables y completos de sus obras fundamentales, que permiten no sólo encontrar cualquier dato que figure en ellas, sino interpretados también. Así, quien se topa en JLP 1973: 448, con «manible: cosa manejable, v. g. este cesto es más manible», situará la voz, gracias a los índices, entre las voces gallegas, y no entre castellanas. Basta con ver los de JLP 1973 sobre medidas, monedas, peras, o sobre los peces, para comprobar que conducen de hecho a una organización semasiológica de la realidad léxica.

José Luis Pensado supo pasar como de puntillas por la realidad universitaria salmantina, sin pedir nada, pero con absoluta consciencia de todo. Al dedicar uno de sus libros (JLP 1986) a esta universidad señala que le permitió editarlos «sin apremio, pero también sin premio». En lo que hay un tan delicada como justa queja. Se fue de este mundo sin los honores que no buscó, pero que merecía, porque sus únicas miras eran las científicas. Escribía Fr. Martín Sarmiento a don Joseph Antonio de Armona que «la elocuencia no está en el que habla sino en el que oye» (JLP 1972: 83) y a este respecto algunos de sus discípulos hemos sido demasiado

poco elocuentes con quien tanto hemos admirado. Ahora que nos ha abandonado definitivamente me produce una indefinible sensación de tristeza recordar al maestro deseando pasar desapercibido, como Sarmiento (1970: 33); aunque lo hiciera porque, también como él quería vivir, como pensaba y pensar según vivía (1970: 34).

Para escapar a la emoción, en este rápido apunte sobre mi maestro Pensado, he acudido a menudo a Fray Martín Sarmiento como intermediario de mis juicios; en lo que no he hecho sino seguir la costumbre de su propio editor, que solía hablar del monje benedictino para evitar hacerlo de sí mismo.

OBRAS CITADAS

[Se citan anteponiendo JLP a la fecha de su edición]

- DECH: J. Corominas, con la colab. de J. A. Pascual: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid: Gredos, 1980-1991.
- R. Lorenzo 2001: «José Luis Pensado Tomé» (1924-2000), *Verba*, 28, 485-495.
- R. Menéndez Pidal 1956: *Orígenes del español*, Madrid: Espasa-Calpe.
- J. L. Pensado 1958: *Miragres de Santiago*, Madrid: CSIC.
- J. L. Pensado 1960: *Fray Martín Sarmiento: sus ideas lingüísticas*, Oviedo: U. de Oviedo.
- J. L. Pensado 1965: *Estudios etimológicos galaico-portugueses*, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1970: *Fr. Martín Sarmiento: Colección de voces y frases de la lengua gallega*, ed. y est. de J. L. Pensado, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1970b: «Interferencias estructurales gallego-castellanas: el problema de la geada y sus causas», *RFE*, 53, 27-44.
- J. L. Pensado 1972: *Fr. Martín Sarmiento, testigo de su siglo*, discurso de apertura del curso académico 1972-1973, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1972b: *Fr. Martín Sarmiento: Discurso apoloético por el arte de rastrear las más oportunas etimologías de las voces vulgares*, ed. y est. crít. por J. L. Pensado, *BRAG*, 21.
- J. L. Pensado 1973: Fray Martín Sarmiento: *Catálogo de voces y frases de la lengua gallega*, ed. y est. de J. L. Pensado, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1974: Fr. Juan Sobreira: *Papeletas de un diccionario gallego*, ed. y est. crít. por J. L. Pensado, I, Orense: Instituto de estudios Orensanos «Padre Feijoo».
- J. L. Pensado 1974b: *Opúsculos lingüísticos gallegos del siglo XVIII*, Vigo: Galaxia.
- J. L. Pensado 1975: Fray Martín Sarmiento: *Viaje a Galicia (1745)*, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1976: *Contribución a la crítica de la lexicografía gallega, I: El diccionario gallego-castellano de F. J. Rodríguez y su repercusión en la lexicografía gallega*, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1982: *Una crisis en la lengua del Imperio. El «Diálogo de las Lenguas» de Damasio de Frías*, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1983: «Escritos menores de Fray Martín Sarmiento: *I Mostajo* en Castilla, en León, Asturias y Bierzo *Mostayo*; en Liébana *Mostazo*», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 33, 449-478.
- J. L. Pensado y C. Pensado 1983b: «*Gueada*» y «*geada*» gallegas, Santiago de Compostela: Anexo de *Verba*.
- J. L. Pensado 1985: *El gallego, Galicia y los gallegos a través de los tiempos (Ensayos)*, pról. de G. Torrente Ballester, La Coruña: Biblioteca Gallega.

- J. L. Pensado 1986: Fr. Martín Sarmiento: *Catálogo de voces vulgares y en especial de voces gallegas de diferentes vegetables*, ed. y est. de J. L. Pensado, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1987: *Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de el Miguel de Cervantes de Fray Martín Sarmiento*, Edición y estudio crítico, Santiago: Xunta de Galicia.
- J. L. Pensado 1989: «Portugués y castellano en la *Puerta de las Lenguas bierta*». En J. Borrego *et al.*, coords.: *Homenaje a D. Antonio Llorente*, I, Salamanca: U. de Salamanca
- J. L. Pensado 1992: «*A Dios paredes. Qutildequé*», *Voces*, 3, 149-156.
- J. L. Pensado 1992b: Fr. Martín Sarmiento: *De los atunes y de sus transmigraciones y Sobre el modo de aliviar la miseria de los pueblos*, ed. y est. crítico por J. L. Pensado, Salamanca: U. de Salamanca.
- J. L. Pensado 1996: «Los problemas etimológicos». En A. Alonso *et al.*: *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, 2 vols. Madrid: Arco Libros, 841-858.
- J. L. Pensado 1999: *Obras lingüísticas del Padre Sarmiento: Elementos etimológicos según el método de Euclides*, ed. y est. crít. por J. L. Pensado, La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.